

Ficciones ordinarias

¿Qué quiere decir ficción?, se pregunta J.-A. Miller en el cap. VII del curso *Sutilezas analíticas* que lleva por título Tres modalidades del análisis. Una ficción, nos dice, es una fabricación que no es del orden de la naturaleza, sino del orden de la producción, del hacer. Esta producción, este hacer, que no está dada per se, se sostiene del decir, es entonces un efecto de lo simbólico. Una producción del orden de lo simbólico, una producción de saber que se sostiene en el decir y en tanto que tal, hecha de sentido, constituye un velo, un tapón, al agujero que inscribe en el cuerpo la ausencia de relación sexual.

Estas construcciones que resultan de la articulación significativa, al mismo tiempo que proporcionan un saber que intenta cubrir el traumatismo de ese agujero, indican que en ellas se teje goce.

En la clase de presentación del seminario, M. Torres ubicaba la función de las ficciones en un análisis, en tanto constituyen un esfuerzo por velar y al mismo tiempo revelar lo real. Sin embargo señalaba también cómo algunas ficciones, logran transmitir, no solo un efecto de sentido, sino un efecto de real.

Las ficciones finalmente, por estructura, son versiones, en definitiva delirantes, acerca del goce, que no es ficción.

¿Por qué delirantes?

Lacan postula un no hay universal: no hay relación sexual, que afecta a todo ser hablante porque el goce entre un hombre y una mujer “está marcado por ese agujero que no le deja otra vía más que la del goce fálico” (Aún, pág. 16), es decir, que “el goce, en tanto sexual, es fálico, no se relaciona con el Otro en cuanto tal”. (pág. 17)

Hay “forclusión generalizada” en la medida en que una inexistencia funda el acontecimiento traumático que marca la inscripción del sujeto en el campo del lenguaje. En Freud, por ejemplo, esa referencia vacía se funda en la ausencia de pene en la madre, que determina, a partir de mecanismos de respuesta diferentes, una clínica repartida en tres estructuras: neurosis, perversión y psicosis.

Lacan también parte de esta inexistencia, de la x que encarna el deseo de la madre y que lleva a una invención llamada metáfora paterna y Nombre del padre. Esa x no es otra cosa que un “vacío enigmático de goce”: ¿de qué goza la madre?, que se desplazará hacia la pregunta que abre el campo de su última enseñanza: ¿de qué goza una mujer?

En su última enseñanza, como decíamos, Lacan parte de un agujero en relación al goce sexual, que determina el invento sintomático con el que cada uno se las arregla para suplir el no hay relación sexual. Por lo tanto, al vacío de la referencia responde una ficción que consiste en un “montaje de lenguaje”, una producción de sentido, construido para taponar ese agujero.

Y a toda producción de sentido, es decir, a las invenciones de saber sobre ese agujero que nos inventamos para velar el no hay de estructura, Lacan lo llama delirio. De modo que a la

forclusión generalizada le corresponde un “todos delirantes”, “todo el mundo loco”, el delirio generalizado. El delirio de creerse el falo (la locura fálica del yo), el delirio lógico de creer que todos tienen un falo (ejemplificado en Juanito), es decir, la ficción como recurso necesario para inventar un sentido al goce que siempre se presenta de un modo enigmático y que siempre interpela al sujeto, forzándolo a procurarse una respuesta siempre ficcional.

Hay ficciones y ficciones

Hay ficciones que hacen comunidad, que responden a un sentido compartido por muchos, que se agrupan alrededor de una creencia compartida: la creencia en el nombre del padre. Son aquellas que han conformado una categoría clínica que llamamos neurosis. Que comparte una respuesta común: construir el predicado que da sentido al goce siempre insondable sirviéndose del nombre del padre. Pero el nombre del padre no es el único elemento del que un sujeto dispone para fabricar una construcción ficcional. La psicosis, en tal caso, nos enseña hasta qué punto un sujeto puede servirse de un anudamiento sintomático que no se sostiene del nombre del padre. Seguramente son construcciones ficcionales que tienen una significación más privada, menos común, que son más refractarias a pasar al sentido común.

La noche de hoy nos invita a reflexionar sobre las ficciones ordinarias, que alude a un significante – ordinaria– que Miller se ocupó de poner en relieve, dentro del campo de las psicosis, aludiendo a un caso particular, “cuando la psicosis no va de suyo, cuando no tiene el aspecto de ser una neurosis, cuando no tiene la firma de la neurosis ni la estabilidad ni la repetición de la neurosis.” (Efecto retorno de la psicosis ordinaria, pág. 19)

Cuando Miller afirma “cuando la psicosis no va de suyo” entendemos que alude a lo que habitualmente llamamos psicosis, es decir, las psicosis extraordinarias, para comenzar con el contrapunto. Estas comprenden los casos donde encontramos una discontinuidad, una disrupción que necesariamente permite suponer un desencadenamiento: un antes y un después que introduce una ruptura en la vida de un sujeto. Esta coyuntura ha sido claramente elucidada por Lacan. Y viene acompañada de fenómenos elementales y elementos estructurales que orientan el diagnóstico (trastornos en la estructura del lenguaje en el plano significante-significado, deslocalización de un goce que retorna en el cuerpo como invasivo y disruptivo, cataclismo imaginario que provoca una regresión al estadio del espejo, etc.) también muy bien dilucidados. Se trata por lo general de grandes ficciones, muy bien elaboradas, muy consistentes, tanto como las ficciones neuróticas.

Sin embargo, existen casos más modestos, menos estruendosos, que no permiten ubicar un desencadenamiento claramente identificable, ni tampoco la presencia de estos elementos estructurales que recién mencionábamos, y que como leía recién, “no tienen el aspecto de ser una neurosis.” E. Laurent cuenta muy en detalle en el texto “La psicosis ordinaria”, una conferencia dictada en el 2006 en el ICBA, cómo surgió el programa de investigación sobre la psicosis ordinaria propuesto por Miller en las secciones clínicas que culminó en el año

1998 con 3 conversaciones clínicas (Angers, Arcachon y Antibes, las dos primeras reunidas en el libro “Los inclasificables de la cura psicoanalítica” y la 3era conversación que da origen al libro “La psicosis ordinaria”).

Se trata, nos dice, de “establecer una cierta pragmática, caso por caso, de cómo en un sujeto vienen a abrocharse las consistencias de lo real, lo simbólico y lo imaginario”. “...Debemos considerar el fenómeno y la manera pragmática con la cual el sujeto hace de algo inédito, de algo que surge en su cuerpo y que no puede interpretar con el discurso constituido, y tomarlo más bien como una posibilidad de construcción, no tanto del delirio, sino del abrochamiento”. Entonces, la orientación se reduce a “pequeños índices”.

Como plantea Miller en “Efecto retorno de la psicosis ordinaria”, es una cuestión de matices y de intensidad, de más y de menos, que da una idea de no-límite, del empuje a un infinito que no se puede acotar. Por lo tanto, en lugar de hablar de desencadenamiento Miller propone hablar de desenganches. Al mismo tiempo, propone como elemento diferencial la localización o no de algún punto de capitón, que de la misma manera que el nombre del padre, permite anudar un abrochamiento entre significante y goce, es decir, un enganche. Por ejemplo, en “Los inclasificables...” Miller propone punto de basta, sí o no (pág. 319) para orientarse en esta nueva formalización de la clínica, que responde más bien a las consecuencias que se desprenden de la última enseñanza de Lacan, una clínica más continuista que discontinuista.

En el caso de las psicosis ordinarias, nos encontraremos entonces con ficciones, invenciones delirantes poco estruendosas, “pequeños puntos de capitón, una pequeña identificación” (La invención psicótica) que organizan un “estar en el mundo” diferente al desorden propiamente neurótico o clásicamente psicótico, que más bien se sostienen de construcciones muy desarrolladas y consistentes. En estos casos, el de las psicosis ordinarias, cuando se produce el desenganche, la orientación apunta a ir en contra de la promoción de grandes construcciones delirantes, “para que esto se mantenga –cito a E. Laurent– a nivel de los fenómenos que aparecen como trozos de real”.

Hay una indicación clínica precisa de J.-A. Miller que no quiero dejar de mencionar, que me parece fundamental tener en cuenta cuando abordamos estos casos. (Efecto retorno sobre la psicosis ordinaria, pág. 21): “Una vez que dijeron que es una psicosis ordinaria, traten de clasificarla de un modo psiquiátrico. No deben decir simplemente que es una psicosis ordinaria, deben ir más lejos y encontrar la clínica psiquiátrica y psicoanalítica clásica. Si no hacen eso, y ese es el peligro de este concepto, es lo que se llama un “asilo de la ignorancia”, “un refugio para no saber”. Si hablamos de psicosis ordinaria, ¿de qué psicosis hablamos?”

Mónica Wons